

DUENDES DE CERRO LARGO

Tan hermosas son mis violetas de los Alpes, que en la madrugada envuelta en nieblas, se las dan de llama las nobles corolas de terciopelo, doble justeza de sol y de agua, doble regalo de dulces telas a la mujer insomne que tanto gusta de la luz y del espejo. Con la frente como si fuera a hundírseme en los vidrios, asisto al milagro de la luna velad venciendo con sus plantas desvanecidas la creciente marea sideral, entre blancos linos y azulada ola. Adentro, buena sombra doméstica orillada de los mínimos duendes familiares, viejos como toda mi raza; los duendes de mi piel y de mi sangre, prestos a la ayuda, ricos de misterios humildes y sagrados. Los conozco, les doy sus nombres eternos; desdeño o solicito sus collares con las piedras del sueño, las pantuflas tejidas con las hebras del cabello que se me cae, sus cascabelitos de oro que escucho nombrar apaciblemente a toda la gente de la casa:

– ¡Cómo cantan los grillos!

– ¡Qué coro de ranas creídas que la luna es una lagunita en cuyas orillas se afina el canto!

Sólo Feliciano, mi negra aya, y yo, sabíamos que los ruidos de la noche, dentro de las casas, pertenecen a seres infinitamente pequeños e invisibles, que son nuestros servidores mientras no tengamos manchas de maldad en el corazón. Ahora, desde este balcón de siete lustros en que está suspendida mi vida de mujer, contemplo, en el prodigio de este nocturno marginado de flores exóticas, los otros años que quedaron atrás, plácidos, crédulos, puros. Y vuelvo a recordar las cosas tan amadas, los duendes de mi hogar de Cerro Largo, cuando aún no sabía leer y era muy sabia: el del- hervor-de-la-leche, el del amasijo, los de la costura, la mermelada de membrillos, el pan fresco, la ropa limpia, los dulces del Brasil. Las agujas de crochet, los zapatos lustrados, la rueda de la máquina de coser.

–Oía Susana: mina puntilha de maia, amaneceu hoje com unas hileiras mais de pontos. O duende me fixo un poquitinho para axudarme. ¡O pobre! Voy dexarle un bocadinho de doce de leite. Gústale moito.

Y así lo hacía. Si se lo tomaba Tilo en la amanecida, o lo merendaban los ratones de lindos ojillos como negras cuentas, nunca lo pensamos Feli ni

yo. A veces venía hasta mi cama, en puntas de pie, cuando ya estaba meciéndome el sueño:

–Susana, a manhã voy a facer pan, bien cedo. Tú que eres un anjo, pide a o duende que me leude bein a masa.

Medio dormida, yo obedecía arcangélicamente:

–Duendecito del pan, hacé que la masa crezca bastante y las roscas salgan ricas. Feli te hará una para vos solo y yo te la pondré en el tirante del galpón en seguida que saquen el pan del horno.

Y me desplomaba sobre mi buen colchón de lana, ya dormida, dejando a mi negra aya, tierna y agradecida, la tarea de arroparme y, muchas veces, de decir por mí las últimas oraciones, las de la noche.

Creíamos las dos en el cielo y en los santos, pero era a los duendes a quienes invocábamos para todas las necesidades diarias. Los sentíamos a nuestro alrededor. Con miradas cómplices nos comunicábamos el significado de cualquier crujido de los pisos o de la madera de los muebles; de cualquier gemido del viento sobre el tejado o del tamborileo de la lluvia en los vidrios y contra las lustrosas hojas de los naranjos, repique seco como de granizada. Nuestros duendes corrían descaradamente bajo el aguacero nocturno, con sus minúsculos zuecos de madera de saúco. Si mi madre cosía, con todo oído experto sabíamos cuándo el duende hacía más ligero el girar de la rueda; si nos figurábamos que mis bolitas estaban más brillantes, ya sabíamos las dos que eran nuestros generosos amigos quienes habían hecho la paciente faena. Pero a veces también los sentíamos llorar en el huracán. Y decía mi oscura y sabia profesora de maravillas:

–Os probecinhos xoran porque face doucentos años, sua rainha perdeu una sortixa de ouro y no encontrou elha todavía.

Entremezclando portugués y español, con términos criollos, Feli decía las cosas de un modo que me encantaba, contándome episodios fabulosos. *¡La sortixa de ouro de una duendesa rainha!* Me parecía maravilloso. Pero, llorar de tal modo y tanto tiempo por un anillo que debía tener el diámetro de un estambre de amarillys, resultaba un poco tonto, aun para una niñita de cinco años.

Sí, pero era un anillo mágico. Okra, el duende mayor que vive cerca del polo -una punta de la estrella de la tierra que tiene el sombrero de hielo- se lo dio a los duendes de Cerro Largo en una visita que le hicieron para llevarle de regalo corderos recién nacidos, guindado de pitanga, bolos de cuajada y naranjas maduras, de las quintas de Pérez-Trío y Pepe Chico. La región es pobre, sin metales ni piedras preciosas, al revés de otras donde hay ríos con

arenas de oro y montañas henchidas de riquezas fulgurantes. Arazatina vino loca de alegría con ese presente para su rey. Sus humildes súbditos podrían viajar por los arroyos de gran correntada sin temor a hundirse, sobre hojas de camalote o cáscaras de troncos de sauce; podrían encontrar collares de cuentas de colores, enterrados por los arachanes, con sus muertos, en los cerros de Aceguá y Guazunambí, cubiertos de negras carquejas, no dejarían de perder, en esta tierra sin lobos, pero de clima tan desigual, ningún corderito recién parido que fuese atacado por los caranchos, y las cosechas serían buenas, pues alejarían el granizo y prevendrían las grandes secas. Porque son malas, dejarían sin lengua a todas las brujas que echan *feitizo* y a las comadres que enredan a los parientes, como mi tía Florbella. Jamás fallarían las mermeladas de guardar para el invierno, no se apestarían las uvas, y la lana bien esquilada de las ovejas de mi abuelo don Modesto Morales, sería blanca, limpia, de muy buenos precios. ¡Oh, Feli, mi buena Feli, cuánta riqueza y qué dicha! Pero la loca de Arazatina bailó tanto, saltó tanto, que de contenta perdió su anillo entre las cañas tacuaras de la orilla del río. Ahora lloran con el caliente viento del norte, que trae la lluvia, o con el frío viento del sur que pone el cielo despejado y hace, en las madrugadas, ¡uh... u... uu... uh! como un animal salvaje, la reina Arazatina, más pequeña que el dedal de mi madre, y sus vasallos.

La fiesta, como casi todas las fiestas, les costó cara a los pobrecillos y a todos nosotros.

Tal vez, si en lo que me queda de vida mis duendes de Cerro Largo encontrasen un día el anillo mágico, yo volvería a ser feliz.

Juana de Ibarbourou (1892 – 1979)

Extraído de: “Chico Carlo” (1944)